



Tres expresiones vernáculas de la Constitución española: catalana, vasca y gallega.

LO que hay que empezar, por lo tanto, es una verdadera democracia. Partiendo, quizá, de una revisión del "consenso" y situando las cosas en su verdadero lugar: el "centro" de Suárez como una derecha, la derecha extrema como un fascismo y la izquierda como una oposición plural que ponga por delante de todo sus verdaderos fines y objetivos. Sin olvidar dentro de todo ello, y sin confundirlo con una contradicción, que una determinada unidad debe responder a las amenazas de fascismo, como el ciudadano ha debido responder ante las urnas.

Y partiendo de una revalorización de las Cortes, y de una devolución de papel protagonista al Congreso y, sobre todo, a las sesiones plenarias, sin más escamoteos por vías de comisiones y de reuniones privadas. Será también interesante que los partidos de la izquierda dejen penetrar una mayor democracia, lo cual quiere decir una transmisión más fiel de las necesidades, problemas y opiniones de sus bases, menos moderadas por las direcciones de como ocurre hasta ahora. Y que la prensa recupere su papel de informadora con capacidad de clarificación, y que la televisión alcance una neutralidad activa.

A partir de ahí, y posiblemente tras las vías imprescindibles de unas elecciones municipales y de unas elecciones generales que nos reflejen en las Cortes con autenticidad la dosificación política del país, habrá que comenzar el desarrollo de la Constitución. Es la tarea más trascendental que espera a los políticos y a todos los españoles. Este texto ambiguo debe completarse, desarrollarse, por leyes que no lo sean, con un lenguaje claro y una parte dispositiva sin equívocos.

CUANDO se consiga todo esto —si es que se consigue alguna vez— podremos estar satisfechos de tener una condición democrática: y cuando todos los antidemócratas hayan sido reducidos a un estado de aceptación y de cumplimiento de las reglas del juego.

EL referéndum tiene estos dos valores: el de defensa frente a la reacción y el de una señal de empezar. Fuera de ello, todo es peligroso. ■

EL FILIALISMO

QUE ha hecho la democracia por nosotros?", me preguntó un desengañado. Le respondí: "¿Qué hemos hecho nosotros por la democracia?". ¿No estará la democracia desengañada de nosotros? Parece que al español se le ha metido hasta el fondo de los huesos la pasividad filial y el sentido de protesta —también filial— de la dictadura. Hay un mal en política —y en la empresa, y en la autoridad— que es el paternalismo. En esto estamos todos de acuerdo. Pero hay otro mal muy grave que es el del filialismo. Consiste en dejarse llevar y en protestar después. Lo que conocemos hasta ahora con el nombre de democracia ha servido para aumentar el número de protestas —para hacerlas públicas con los numerosos medios que cada uno tiene a su alcance—, que han ido derivando hacia una situación insostenible: cada uno protesta de todos los demás. Es un pueblo de críticos. Yo no digo que eso no sea positivo: lo que digo es que es insuficiente y que amenaza con paralizar la verdadera acción democrática.

¿Nos puede pasar lo mismo con la Constitución? Cuando se publiquen estas líneas la estaremos votando o habremos votado ya. Quizá a regañadientes —gracias a nuestro concepto crítico—, quizá porque nos han llevado al extremo de Constitución o caos, y hemos mascado y olido el caos como algo muy posible. Será dramático que nos quedemos en eso. Y que empiece de nuevo el filialismo, la protesta, el desengaño. No hay nada que abone más la esperanza de los anticonstitutionalistas, de los antidemócratas, no hay mejor reconstituyente para sus restos de fuerza, que esta posición pasiva, reepondona y alejada.

Nos quejamos de los partidos políticos: no hemos aprendido todavía que los partidos políticos somos nosotros, y que tenemos que hacerlos permeables a nuestra opinión, si somos militantes, y a nuestro voto, si somos electores; los sindicatos, las asociaciones, las empresas, cualquier forma colectiva o individual de acción ciudadana está en nuestra obligación. Lo que pasa es que todo esto requiere un esfuerzo suplementario a nuestra vida cotidiana, y quizá no tengamos ninguna gana de hacerlo; quizá seamos más aficionados al filialismo, a dejar que los padres de la Patria peroren y actúen y, al final, criticarles y decir que así no vamos a ningún sitio. Quizá prefiramos no leer periódicos para no enterarnos de lo que pasa: no estando informados, podremos seguir en nuestros viejos errores. Si alguna gana de actividad nos queda, la utilizaremos sólo para protestar.

Y así puede perderse esta ocasión única. La democracia, la Constitución, viene muy raras veces de visita a casa de los españoles. Si dejamos que la echen, puede tardar mucho en volver. Para que venga y para que se comporte como es debido, tenemos que participar en ella.

Así debe ser el período que nos espera. ■

POZUELO